

El realismo literario

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (*Granada, 1906*) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Es cosa bien sabida: durante el curso de este siglo XX que ya termina, los estudios teóricos acerca de esa singular materia que es la literatura han alcanzado extremos admirables de sutileza, dando lugar con ello a aplicaciones prácticas en el terreno del ejercicio crítico, cuyo refinamiento va más allá de toda ponderación. Ciertamente (e inevitablemente quizá), tal progreso ha debido cumplirse dentro del seno de la comunidad académica, con la vista puesta en los colegas-rivales y escasa o nula atención al amplio mundo de las letras, mero repositorio de donde las diversas escuelas pudieran extraer a su arbitrio aquellos objetos que mejor se prestasen a ilustrar en cada caso particular la tesis por cada cual postulada. Quizá, como digo, fuera inevitable tan enclaustrada endogamia, la dilucidación de cuyas causas requeriría excesiva prolijidad. Sin embargo, destaca entre ellas a primera vista el prurito de ajustar las «investigaciones» de la llamada ciencia de la literatura —análisis especulativos, en verdad— al modelo prestigioso de las ciencias naturales, que venía prevaleciendo desde la época del positivismo. Sea como quiera, un trabajo de elaboración tan ensimismado y absorbente puede haber conducido tal vez a cierta distorsión funcional, en cuanto que segrega la actividad crítica aislándola del público lector, a quien lógicamente debe ir dirigida, para recluirla dentro del estrecho grupo de los especialistas; pero aun con eso y todo, resultan en definitiva altamente meritorios los esfuerzos realizados, y no menos valiosos los frutos rendidos hasta ahora por tan alquitarados estudios.

Del nivel así alcanzado por la ciencia de la literatura ofrece muestra evidéntísima un libro reciente, *Teorías del realismo literario*, del catedrático español Darío Villa-

nueva, obra desde este momento indispensable ya, donde, exhaustivamente y con máxima competencia, se elucida el tema que su título enuncia. Yo la he leído con deleite, con aprovechamiento y desde luego con un cuidadoso, apasionado interés, pues ese tema suyo es uno de los que desde hace mucho tiempo han dado pábulo a mis propias preocupaciones y reflexiones de escritor. No menos de treinta y tantos años han pasado, en efecto, desde que, discutiendo a propósito de Galdós, hube de plantearme la tarea de precisar los perfiles del concepto de realismo, este mismo concepto que, tan a fondo y con tanto éxito, se propone el profesor Villanueva fijar en su libro. Arrancando de la famosa «mimesis» aristotélica, se aplica él a repasar y valorar ahí el tratamiento a que hasta la fecha lo habían sometido diversos especialistas; y siendo como es cuestión que, desde aquella tan remota en que me propusiera yo ceñir el concepto de realismo a sus términos históricos, no ha dejado de ocupar mi atención, se comprenderá bien el alborozo con que he acogido este nuevo libro, el celo con que me he abocado a su lectura y el aprecio con que saludo hoy tan esclarecedor escrito. Al margen de sus páginas, quisiera anotar aquí ahora algunas reflexiones mías, quizá ociosas.

Encajar en el molde

Las de aquel entonces estuvieron provocadas por la duda que, al estudiar la novelística galdosiana, despertaba en mi ánimo ese dilatado uso que hicieron del concepto de realismo los escritores españoles —tanto creadores como críticos— de final de siglo. Según suele ocurrir con tantos otros conceptos (que, elaborados a partir de una coyuntura histórico-cultural concreta, son luego abstraídos de ella para, así extrapolados, extenderse a un uso general), al concepto de realismo literario, formulado por la Francia positivista alrededor de 1840 con aplicación inmediata al arte de la novela, se le dio luego una proyección universal, con el doble efecto de hacerlo impreciso y de forzar por lo demás los objetos literarios para encajarlos en su molde. Este abuso —combinado todavía con los prejuicios nacionalistas— resultaba palmario entre nosotros cuando se pretendió hacer del realismo una característica peculiar de la literatura es-

pañola (o castellana) en su conjunto. Si inicié yo aquel año escrito mío mostrándome extrañado de que se aplicase el calificado de realistas a los escritores del Barroco, Cervantes o Quevedo, o a poemas como el *Cantar de Mio Cid* y el *Libro de Buen Amor*, era para señalar en seguida la imprecisión de que el concepto de realismo adolecía, aun en su puntual aplicación a Galdós, y medir el alcance de los intentos que se hicieron por diferenciar el pretendido «realismo español» del naturalismo francés.

No es caso, claro está, de volver ahora sobre esto. En su recién publicado libro, el profesor Villanueva perfila muy bien para empezar ese concepto de realismo que él denomina «genético», y que no es otro sino el promulgado en Francia con definitiva plasmación teórica hacia mediados del siglo XIX; realismo que «todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto, ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor, escudriñadora de todos sus entresijos mediante una demorada y eficaz observación. Todo ello dará como resultado una reproducción veraz de aquel referente, gracias a la transparencia o adelgazamiento del medio expresivo propio de la literatura, el lenguaje, y a la «sinceridad» del artista» (pág. 32).

En efecto, para los naturalistas —o «realistas genéticos»— ese referente no era nada problemático; para ellos la realidad era cosa evidéntísima, no ya en un sentido ingenuo, sino en el sentido de una convicción racional, filosóficamente fundada sobre una metafísica materialista, que en aquella sociedad pensante era asumida a la sazón («creída» por ella, pudiéramos decir, en la acepción orteguiana de unas «ideas» consolidadas ya en «creencias»). La formulación más expresa de esa fundamental creencia materialista se encuentra sin duda en el *Cours de philosophie positive* que Auguste Comte desarrolló en París hacia 1840; y su aplicación doctrinal al terreno de la novela, cuya perceptiva implícita había sido establecida ya por Balzac en el prefacio de 1842 a *La Comédie humaine*, tendría pleno desarrollo polémico en 1880 con *Le Roman expérimental* de Zola, quien —como siempre se recuerda— asimilaba ahí el «método» del novelista al del investigador científico según el modelo de Claude Bernard, afirmando el papel de la novela como especie de sociología apoyada en la antropología naturalista. Aquel estudio mío se esforzaba por mostrar, mediante análisis concretos, cuáles son los elementos que, en la literatura del Barroco español, pudieron dar pie y color al equívoco de considerarla «realista»; pero a estas alturas no valdría la pena ya insistir sobre ello. Mi propósito se ceñía entonces a subrayar la historicidad del concepto de «realismo», vinculándolo a una cosmovisión para la que los objetos todos que nuestros sentidos perciben (incluido, por supuesto, el sujeto percceptor mismo) son resultado de una evolución a partir de la materia primaria, y a ella pueden reducirse en último extremo.

Lo que esta metafísica significó en la historia del pensamiento como reacción contra

el credo cristiano (para el que el mundo de nuestra experiencia inmediata era inconsistente, engañoso, y la última, verdadera y más auténtica realidad se encontraría en el mundo de ultratumba), pretendiendo suplantarlo esa fe religiosa por una nueva religión terrenal, la «religion de l'humanité», no hace sino evidenciar la pertenencia del realismo y naturalismo literario a un momento concreto en la historia de nuestra cultura. (Por su parte, el profesor Villanueva no deja de hacer notar cómo, a su vez, para la Grecia de Platón —esto es, para otro momento en la historia de la cultura— la realidad esencial, primaria y básica estaba constituida por las ideas, de modo tal que la llamada mimesis que el arte persigue pudo quizá consistir en la estilización idealista del objeto sensorialmente percibido; lo cual —dicho sea al paso— privaría de sentido a cualquier identificación del realismo con la mimesis, al hacer de ésta un realismo contradictorio, consistente en la representación no de los objetos mismos, las cosas, sino de su prototipo ideal.)

Atenerse a la realidad

Ahora bien, si ha de tenerse por literatura realista aquella que contempla la realidad de las cosas y procura atenerse a ella, captarla y reflejarla, semejante programa nos plantea a nosotros hoy el pavoroso problema metafísico de decidir en qué consiste la realidad misma, problema que —¡felicis ellos!— no necesitaban afrontar los hombres de una época en que la ciencia les daba servida una respuesta a plena satisfacción: la realidad «era» la materia en los diversos grados de una evolución cuya etapa más avanzada se había alcanzado en el cerebro especulativo del animal humano. En la medida de mis conocimientos, no sé que la ciencia de nuestros días proponga respuesta alguna a la cuestión metafísica acerca de la esencia de la realidad. Los hombres de nuestro tiempo no tenemos ninguna certidumbre, no abrigamos una «creencia» al respecto. Darío Villanueva lo da a entender así claramente cuando escribe: «Al margen de todo "interpretante" derivado de una determinada ideología cerrada y coherente, ya sea la visión racionalista dieciochesca de la realidad o el materialismo dialéctico, lo que sí es aceptado hoy en día ampliamente es que lo real no consiste en algo ontológicamente sólido y unívoco, sino, por el contrario, en una construcción de conciencia tanto individual como colectiva» (pág. 52), aceptando que «no cabe admitir un universo real preexistente a la actividad de la mente humana y al lenguaje simbólico de que ésta se sirve para, precisamente, crear mundos». De hecho, el materialismo dialéctico vino a avanzar un paso muy importante en esta dirección, por cuanto implicaba ya a la conciencia social en el proceso de configuración de la realidad; pero para llegar a la postura que se hace manifiesta en las citadas palabras, el autor del libro que comentamos ha

En este número

Artículos de		
Francisco Ayala	1-2	José Antonio Campos Ortega 8-9
Vicente Palacio Atard	3	R. Fernández-Carvajal 10-11
Antonio García Berrio	4-5	Índice 1992 12
Josep Soler	6-7	

SUMARIO en página 2





El realismo literario

debido apelar al pensamiento filosófico de nuestro siglo, apoyándose en Husserl, Heidegger y Wittgenstein; postura ésa que, si se la asume de manera consecuente, debe incluir de lleno a la literatura –y por cierto, en cuanto fenómeno lingüístico, en un puesto muy destacado– dentro del campo mismo de la realidad.

Proyección de la experiencia

En efecto, la realidad, entendida así como el campo de proyección de la experiencia que los miembros de la sociedad comparten, tiene por base la incesante comunicación interhumana dentro de una comunidad de cultura; y claro está que la literatura, cuya materia prima son las palabras, funciona hoy día como factor primordial en esa comunicación. La literatura, digo, entendida en el sentido más amplio, como lenguaje escrito, y dentro de ella la literatura como poesía, cuyos contenidos difieren específicamente de la mera información y vienen a ser elemento importantísimo en la creación imaginativa de nuestra realidad actual. Con apariencia de «boudade», pero no menos verdad que la famosa de Oscar Wilde según la cual «la Naturaleza imita al Arte», pudiéramos afirmar que «la Poesía genera la Realidad»; más aún: que «la Poesía es Realidad». Pues de igual manera que el paisaje (natural) que acaso contemplamos está construido por el ojo de un observador cuya sensibilidad opera a través de cierta tradición pictórica, también la imaginación poética crea objetos, prototipos, actitudes, modos de ver, de sentir y de juzgar que van a incorporarse en la vida práctica a la tradición literaria, prestándole contenidos concretos. Caracterizamos a nuestro prójimo como un quijote o como un donjuán; acaso pretendemos adaptar nuestra persona a la figura y conducta de tal o cual héroe de novela o drama; y en la charla corriente nos expresamos muchas veces, aun sin saberlo o sin darnos cuenta, con frases que nuestros clásicos escribieron hace siglos, de igual manera que las palabras de Shakespeare se oyen y

leen repetidas hasta en anuncios publicitarios de lengua inglesa.

Las obras literarias –actualizadas en el acto de la lectura o evocadas por la memoria–, pues, ellas mismas objetos de la realidad, y no hará falta recordar, por ejemplo, que un cierto libro impreso en 1606 bajo el título de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* se fingirá leído y comentado por los personajes de otro libro que se publicó diez años más tarde, *El ingenioso caballero Don Quijote de La Mancha*, donde además se informa de que aquél estaba por entonces en todas las manos. Dentro del campo común de la realidad, las fronteras entre la creación imaginaria y las actividades del hacer cotidiano son, por decir lo menos, sumamente fluidas.

Partiendo del concepto vigente de realidad y apelando sobre todo a las enseñanzas de la fenomenología, el autor de *Teorías del realismo literario* escribe páginas admirables sobre el proceso de producción y actualización de la obra literaria, con finísimas disquisiciones encaminadas a perfilar una especie de realismo distinta de las que previamente ha caracterizado bajo los rótulos de «genético» y «formal», y a la que aplicará por su parte el adjetivo de «intencional», aunque no sin haber tomado en cuenta, para responder por la negativa, una pregunta (que mal podría descartarse como meramente provocativa) acerca de si «¿El problema del realismo literario es un pseudoproblema?». Más allá de su interés por los temas relacionados con la técnica literaria, piensa el profesor Villanueva que los textos «inciden sobre la realidad, sobre “nuestra” realidad» –y yo subrayo el plural de ese pronombre, con el que la «realidad» es remitida a la esfera de la experiencia común–, para hacer suya –seguida una cita según la cual las formas y recursos del arte se encaminan a lograr una aprehensión cualitativa y sintética de la vida («aprehension of life»). En efecto, también yo creo que el que nuestra realidad consiste en la vida de la comunidad cultural a la que pertenecemos, tal cual la percibimos en la experiencia compartida; pero no acierto, en cambio, a ver qué realidad es la que podría quedar fuera del campo de esa experiencia total, de esa cosmovisión, para justificar el contraste entre una literatura «realista», sea cual fuere el apellido que a este realismo quiera dársele, frente a una supuesta litera-

tura no-realista, según lo entendía el positivismo. Este, el positivismo, desvaloraba por falsas o no significativas aquellas producciones literarias que se desviaban de una realidad material a la que atribuía sólida consistencia objetiva, y frente a la cual la mente humana –mero y deleznable producto de su evolución– podía extraviarse y desvariar. Pero si la realidad consiste en «nuestra» realidad, y a ella pertenece toda producción literaria, como de un modo implícito –y quizá no tan implícito– deja entender Darío Villanueva cuando afirma que «desde esta perspectiva –la suya– cualquier texto puede ser intencionado realistamente, incluso los de carácter más abiertamente alegórico, simbólico, surreal o incluso fantástico, pues detrás de ese complejo sistema de signos que el texto es hay siempre una referencia, actualizable e intencionable, bien a la realidad mostranca y aparental, bien a otra profunda, de esencias» (pág. 135), entonces la cuestión de un pretendido realismo intencional nos llevaría más bien al terreno del acierto o desacierto con que se logra o malogra una obra de ficción. «Es en nosotros, sus lectores –se dice (pág. 147)–, donde al apropiárnosla como objeto estético pleno, actualizado, surge el realismo por virtud de esa “epojé no reintegrada” que la fenomenología de Husserl puede justificar con facilidad. Por virtud de esa suspensión del descreimiento que da paso, sin solución de continuidad, al entusiasmo de la epifanía» –advirtiendo en seguida–: «Mas para esa superación del escepticismo de partida es imprescindible que el texto esté dotado de una configuración formalmente lograda»; es decir, según yo lo entiendo: que sea una obra dotada de eficacia artística. En otro caso, de no ser una obra «formalmente

lograda», el efecto de realismo intencional no se produciría. Ahora bien, si *Alicia en el País de las Maravillas* o *La metamorfosis*, de Kafka, son obras realistas, entonces lo contrapuesto al realismo intencional sería no una literatura irrealista, sino simplemente la mala literatura; y así, no parece casualidad que en la conclusión de *Teorías del realismo literario* haga resurgir su autor aquella pregunta acerca de si no será un pseudoproblema el del realismo literario.

Semillero de cuestiones

El libro centra sus digresiones alrededor del género novela, que durante el siglo pasado diera ocasión histórico-cultural a que se formulase el concepto de realismo literario; pero sus páginas son un semillero de cuestiones que hacen estimulante y fecunda en alto grado su lectura. Invita desde luego a reflexionar con cierta amplitud y mayor demora sobre las diversas instancias de lo imaginario que se dan en el lenguaje escrito y, por lo demás, no sólo en el escrito, pues no sólo la ficción literaria de calidad artística persigue un efecto estético; y de otro lado, el lenguaje puede ciertamente alcanzar tal efecto mediante creaciones poéticas que no reclaman suspensión del descreimiento, es decir, que no se nos presentan como ficción. Y también hace pensar el rico tratado que da pretexto a estas líneas en la especificidad del lenguaje como instrumento estético, en posible comparación con la experiencia estética suscitada por otros medios artísticos. Junto a lo mucho que su obra ilustra, no es menos importante lo que también sugiere e incita al lector el espléndido esfuerzo intelectual de Darío Villanueva. □

RESUMEN

El escritor Francisco Ayala es un notable ensayista que ha dedicado muchas páginas a precisar los perfiles del concepto de realismo, que es el tema del que se ocupa el profesor Darío Villanueva y que le sirve a Ayala,

además de para saludar la aparición de esa obra, para anotar en su comentario algunas reflexiones personales, terciando así en la vieja y a veces vidriosa cuestión del realismo en literatura.

Darío Villanueva

Teorías del realismo literario

Instituto de España/Espasa-Calpe, Madrid, 1992. 231 páginas. 750 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«El realismo literario», por Francisco Ayala, sobre <i>Teorías del realismo literario</i> , de Darío Villanueva	1-2
«Fantasía y verdad en la muerte de Colón», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Los últimos días de Cristóbal Colón y sus testamentos</i> , de Demetrio Ramos	3
«Escepticismo e hipercriticismo», por Antonio García Berrio, sobre <i>Presencias reales</i> , de George Steiner	4-5
«Viejas formas en un nuevo lenguaje», por Josep Soler, sobre <i>The Twelve-Note Music of Anton Webern</i> , de Kathryn Bailey	6-7
«Historia de una mosca», por José Antonio Campos Ortega, sobre <i>The making of a fly. The genetics of animal design</i> , de Peter A. Lawrence	8-9
«Política y nueva retórica», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre <i>Retórica de la intransigencia</i> , de Albert O. Hirschman	10-11
Indice 1992	12